

Duero, del Pisuega y del Tormes, así como en el reino de Leon, alguna de las cuales hemos mencionado ya, aunque muy de paso, tal como la del capuchino fray Julian de Delica, que aprisionó en las inmediaciones de Toro al general Franceschi, y poco después entre Tordesillas y Simancas á un edecan de Kellermann, dando ocasion á que este general, ordenando una requisicion de caballos en aquellas comarcas diese la órden bárbara de sacar el ojo izquierdo y marcar é inutilizar todos los caballos que no fuesen destinados á su servicio. Corria la tierra de Salamanca don Gerónimo Saornil, ejecutando actos de intrépidez en Ledesma y Fuente Saucó. Por Burgos, Soria y la Rioja guerreaban de un modo semejante don Juan Gomez, don Francisco Fernandez de Castro, hijo mayor del marqués de Barrio-Lucio, el cura Tapia, el de Villoviado don Gerónimo Merino, mencionado ya tambien ántes, y que tan famoso se hizo después en nuestras guerras civiles; el no menos famoso don Ignacio Cuevillas, dedicado anteriormente al contrabando, y don Ignacio Narron, capitan de navío, procedente de la junta de Nájera. Empezaba ya tambien á distinguirse en Navarra el jóven estudiante Mina, sobrino de Espoz y Mina que después se hizo tan célebre, y llegó á ocupar un honrosísimo lugar en el catálogo de los generales españoles, y de cuyas primeras hazañas tendremos que hablar muy pronto.

Sonaba por este tiempo entre los mas temibles por

tierra de Salamanca y Ciudad Rodrigo don Julian Sanchez, que con un escuadron de 300 lanceros que llegó á reunir, unas veces campeando solo, otras amparándose en aquella plaza ó apoyándose en el ejército del duque del Parque, traia en desasosiego y en desesperacion al general Marchand, que entre otras medidas violentas tomó la de coger en rehenes varios ganaderos ricos de la provincia que se decia le patrocinaban. Una atrocidad de las que solian cometer los franceses, el asesinato de sus padres y de una hermana, fué lo que movió á don Julian Sanchez á salir al campo y lanzarse á la vida de guerrillero, ansioso de vengarse de los que tan bárbaramente le habian privado de sus objetos mas queridos. Desmanes de esta índole fueron causa de que se levantáran muchos partidarios.

A la actividad incansable de éstos, á su astucia y osadía se debió, de una parte que los franceses no sacáran en este año de las derrotas de nuestros ejércitos todo el fruto que sin este continuo estorbo hubieran podido sacar, y de otra que no pudieran distraer fuerzas para invadir otras provincias, dejando de este modo respirar por algun tiempo las Andalucías, Valencia, Murcia, Astúrias y Galicia. En cambio trabajaban á las provincias libres discordias y rencillas, producidas, ya por la rivalidad y la ambicion de algunos generales, como acontecia en Valencia con don José Caro que se valia de medios poco legítimos para derribar al conde de la Conquista, ya por las consecuencias y rastros de

la conducta indiscreta de otros, como los desacuerdos que en Galicia y Asturias dejó sembrados el mando del marqués de la Romana. En las provincias ocupadas tampoco faltaban desavenencias, principalmente entre los gefes militares; pero solia acallarlas más la proximidad del peligro, y en todas, más ó menos, se hacía sentir la falta de un gobierno enérgico y fuerte. Luego veremos la forma que á éste se daba en aquel tiempo, y las modificaciones que sufría la Junta Central.

Volviendo ahora á las operaciones de los ejércitos, nada se presentaba en la segunda mitad del año 1809, ni en lo exterior ni en lo interior, que no fuese favorable á los franceses, nada que pudiera serlo á los españoles. Otra cosa hubiera sido si la Inglaterra, nuestra aliada, hubiera destinado á las costas de nuestra península alguna de las dos grandes expediciones navales que por entonces salieron de sus puertos, contra Napoleon la una, á las aguas del Escalda la otra. Infructuosa la primera, perdióse miserablemente y sin gloria la segunda, víctima el gran ejército expedicionario de las enfermedades que sufrió en la pantanosa isla de Walkeren, malográndose así los esfuerzos y sacrificios de la Gran Bretaña empleados contra Napoleon en aquellas regiones, cuando en España, la nacion que por su comportamiento era mas acreedora á aquel socorro, y donde con mas decision se luchaba contra su poder colosal, habria podido ser de gran provecho, y

tal vez habria decidido algunos años ántes la ruda y sangrienta contienda. Por otra parte el Austria, esa potencia á la cual España enviaba con inusitado y cándido desprendimiento hasta las remesas de plata en barras que para ella venian y de que tanto necesitaba para sí propia, ajustó la famosa paz de Viena con Napoleon (25 de octubre), como era ya de temer desde el armisticio de Znaim. Amarga, aunque inútilmente se quejó la Central de la conducta del gabinete austriaco, porque sobre dejarla sola en su gigantesca lucha contra la Francia, la indignó, no sin razon, que aquel gabinete se obligára, por uno de los artículos del tratado de paz, á reconocer las variaciones hechas ó que pudieran hacerse en España, en Portugal, y en Italia (1).

(1) «Ayudamos á sostener la guerra de Austria (decia la Central en su manifiesto) con todo cuanto podiamos, cediendo una porcion de plata en barras, enviadas por la generosidad de la Inglaterra, que se hallaban á llegar á España: consentimos, no obstante de los perjuicios que esto pudiera ocasionarnos, que Inglaterra negociase tres millones de duros en nuestros puertos de América, sin mas razon que el exponerlos carecia el gobierno británico de plata acuñada con que socorrer al Austria...» ¡Ah! (exclama luego: si por parte del Austria se hubiera cumplido lo que ofreció á la Junta su ministro en su nota núm. 4. como la Junta y la nacion española lo cumplieron! ¡Cuán diferentes hubieran sido los resultados de la batalla de Talavera, cuan diferente la suerte de España, cuanto más de la casa de Austria, humillada hasta el abatimiento de que la Europa ha quedado escandalizada, y de que no podrá levantarse sino vuelve sus miras al pais en donde reinaron sus abuelos...!»—Y concluye: «La desgraciada é inoportuna paz que la Alemania hizo con el emperador de los franceses cuando nuestros planes debian empezar á realizarse, y faltando á las ofertas que nos tenia hechas aquel gobierno tan solemnemente, destruyeron nuestras esperanzas y sistema, volviéndonos á dejar solos en la terrible lucha que habiamos comenzado;

Quedóse, pues, España sola, sin mas ayuda que la legion inglesa retirada á la frontera de Portugal, y de cuya cooperacion, atendidas las desavenencias que habian mediado, no se tenia mucha confianza. Lo que hasta fin de diciembre habia acontecido por la parte de Cataluña y de Aragon lo hemos visto yá. Por la de Castilla, donde mandaban los generales franceses Marchand y Kellermann, el primero en Salamanca en reemplazo de Ney que habia pasado á Francia, el segundo en Valladolid, intentó el general Carrier con 3.000 hombres de los de este último apoderarse de Astorga, ciudad que por su posicion y por sus viejos y medio derruidos muros no era considerada como plaza fuerte. Guarnecióla don José María de Santocildes con solos 1.100 soldados mal armados y bisoños. Pero allí como en otros puntos acudieron á la defensa de sus hogares los moradores, hombres, mugeres y niños. Embistieron los franceses la puerta llamada del Obispo, cubiertos con las casas del arrabal de Reitivía, al nivel por aquella parte con el suelo de la poblacion (9 de octubre). Despues de cuatro horas de fuego y de combate tuvo que retirarse el enemigo con considerable pérdida, y con el sentimiento de haber sido ésta causada por paisanos y por soldados inespertos (1).

»pero satisfechos de que así nosotros como don Eusebio Bardají, ministro en aquella corte, nada dejamos de hacer para impedir tan desagradable acontecimiento.»—Exposicion, Ramo diplomático, Seccion segunda. (1) Distinguióse por sus hazañas entre otros valerosos paisanos un jóven llamado Santos Fernandez, cuyo padre al verle morir exclamó sereno: «Si ha muer-

Observaba Marchand desde Salamanca y seguía todos los movimientos del duque del Parque, que habia reemplazado á la Romana, poseía la plaza de Ciudad-Rodrigo y hacía desde ella sus salidas. Despues de varias marchas y contramarchas propúsose aguardar á los franceses en Tamames, villa á nueve leguas de Salamanca situada en un llano á la falda de una sierra de poca elevacion, colocando su ejército en posiciones ventajosas. Componíase aquél de unos 10.000 infantes y 1.800 ginetes, y mandaban sus respectivas divisiones los generales Mendizabal, Carrera, Losada y conde de Belveder. El 18 de octubre se presentó delante de ellas el general francés Marchand con 10.000 hombres de infantería, 1.200 caballos y catorce cañones, comenzando inmediatamente el combate, que estuvo á pique de perderse por una maniobra inoportuna de nuestra caballería. Pero acudiendo resueltamente el del Parque al peligro, y ayudándole con arrojo y decision todos los demas generales, hicieron luego flaquear á los franceses, acabando el conde de Belveder y el príncipe de Anglona de decidir la victoria en favor nuestro. Arrojados los franceses por la ladera de la sierra, y acosados de costado por los españoles que estaban en la villa, solo á favor de la noche pudieron salvarse camino de Salamanca, no sin una pérdida de 1.500 hombres, siendo menos de la mitad la nuestra.

to mi hijo único, vivo yo para vieron varios en aquella acometida. De estos riesgos se tida.

Ni aun en Salamanca pudo sostenerse ya Marchand, por que habiéndose incorporado al ejército español al día siguiente de la batalla don Francisco Ballesteros con 8.000 hombres, y dirigiéndose el del Parque á aquella ciudad, hubo de abandonarla el general francés, entrando el del Parque en ella el 25, en medio de las aclamaciones del pueblo, que abasteció y agasajó largamente al ejército libertador.

Mas si por la parte de Castilla nos sonreian aún triunfos como los de Astorga y Tamames, no habian de tardar en acibararlos desastres de mucha mas trascendencia en las regiones meridionales de la península, sucediendo al revés que en 1808, en que de los infortunios de Castilla nos compensaron con usura los lauros cogidos en Andalucía. Habíase trasladado el general Eguía, sucesor de Cuesta, con el ejército de Extremadura á la Mancha, estableciendo su cuartel general en Daimiel, y habiendo dejado en la primera de aquellas provincias solo 12.000 hombres, suponiéndola con esto asegurada. Las fuerzas de Eguía ascendian á 51.869 hombres, de ellos 5.766 de á caballo, con 55 piezas de artillería. Nadie sospechaba que con tan numerosas y respetables fuerzas, y más con las palabras arrogantes que Eguía habia soltado, retrocediese, como retrocedió en retirada á Sierra-Morena, tan pronto como se presentaron en ademan de combatirle los cuerpos 1.º y 4.º franceses, regidos por Victor y Sebastiani (12 de octubre). Semejante

paso, en ocasion que en Sevilla, asiento de la Central, predominaba el deseo y el plan de caer sobre Madrid (que no porque el plan fuese insensato dejaba de ser vivo el deseo), desazonó de tal modo que se le separó del mando, nombrando en su lugar á don Juan Carlos de Areizaga, que habia ganado crédito en la batalla de Alcañiz, y contaba en Sevilla con muchos amigos.

La idea de venir á Madrid preocupaba de tal modo á los gobernantes y á los que en derredor suyo andaban, y antojábaseles empresa tan hacendera y fácil, por mas que trabajó Wellington (que por aquellos dias fué á Sevilla á visitar á su hermano el marqués de Wellesley) en persuadirlos de lo contrario, que ciegos con aquella ilusion llegaron á nombrar autoridades para la capital, y á encargar á dos individuos de la Junta, Jovellanos y Riquelme, que acordáran las providencias que deberían tomarse á la entrada. Halagó Areizaga esta idea, moviéndose en esta direccion (3 de noviembre), y avanzando con su ejército, entonces bien pertrechado, dividido en dos trozos que formaban siete divisiones, por Manzanares el uno, el otro por Valdepeñas. Cerca de la Guardia encontró nuestra caballería la del enemigo que la esperaba en un paso estrecho (8 de noviembre), pero una diestra evolucion mandada ejecutar por don Manuel Freire frustró el proyecto de sorpresa, y los ginetes franceses no solo fueron repelidos, sino persegui-

dos y acosados hasta cerca de Ocaña. Sentó Areizaga su cuartel general en Tembleque: la caballería mandada por Freire, la vanguardia que regía Zayas, y la primera division que guiaba Lacy, cuyos cuerpos se habian adelantado, obligaron á las tropas francesas que habia en Ocaña á evacuar la villa y replegarse á Aranjuez. El 11 se hallaba todo nuestro ejército en Ocaña al parecer resuelto á avanzar á Madrid. Pero las vacilaciones de Areizaga, hasta entonces tan arrogante, marchas, contramarchas y detenciones que ordenó á las tropas por malos caminos y en medio de un temporal de aguaceros y ventiscas, en lo cual se malogró una semana, dieron lugar á que los franceses se reforzaran en Aranjuez y se prepararan bajo la activa direccion del mariscal Soult, que habia reemplazado á Jourdan en el cargo de mayor general de los ejércitos franceses. Areizaga, más y más perplejo, hizo á algunas de nuestras tropas repasar el Tajo que ya habian cruzado, y retrocedió á Ocaña, no sin dar lugar á que nuestra caballería sufriese algun descalabro cerca de Ontígola, aunque costando á los enemigos la muerte de su general París.

Habíanse reunido en Aranjuez y sus cercanías los cuerpos franceses 4.º y 5.º, el de reserva que mandaba Dessolles, y la guardia real de José. La infantería de ambos cuerpos se puso al mando del mariscal Mortier, la caballería al de Sebastiani: José y Soult dirigian los movimientos. Además se habia dado orden

á Victor para que el 18 pasara el Tajo con el primer cuerpo y se dirigiera á Ocaña. Suponiendo que éste no pudiera llegar á tiempo, el mariscal Soult opinaba, y así se lo suplicó al rey, que no se diera la batalla, pero el rey se empeñó en ello. La fuerza de los franceses, sin contar con los 14.000 hombres de Victor, ascendía á 34.000 hombres: inferior á la nuestra en número, aventajábala en práctica y en disciplina. Sin embargo, nuestro ejército era el mas lucido que hasta entonces se habia presentado.

Areizaga habia colocado sus divisiones en derredor de la villa de Ocaña, esperando allí el combate. Subióse él al campanario con objeto de observar la llegada y los movimientos del enemigo. Presentóse éste el 19, y comenzó la pelea atacando nuestra derecha el general Leval con las divisiones de Varsovia y de la Confederacion del Rin. Rechazáronle valerosamente Zayas y Lacy; este último avanzó con intrepidez, llevando en la mano la bandera del regimiento de Búrgos; y herido el general Leval, y muerto uno de sus edecanes, todo lo arrollaba, y se apoderó de dos piezas: nuestra artillería hizo un fuego vivo y certero. Pero no apoyado por Zayas, al parecer no por culpa suya, sino de órdenes del general en jefe, y acudiendo al peligro el mariscal Mortier con el 5.º cuerpo, no solo hizo retroceder á Lacy, sino que tomó tres cañones, y rompiendo por todo entró el general Girard en la villa, y puso fuego á la plaza y

ahuyentó de ella á los nuestros. Entretanto José y Dessolles con la guardia real y la reserva atacaban y destruían nuestra izquierda, que en su precipitada fuga hácia la Mancha iba siendo acuchillada por la caballería ligera de Sebastiani. Desde entonces ya no se veían por aquellas llanuras sino columnas cortadas y pelotones que corrían azorados y dispersos. Areizaga no paró hasta Daimiel, faltándole aliento hasta para tratar de reunir las reliquias de sus destrozadas divisiones. Fué una verdadera y desastrosa catástrofe la jornada de Ocaña. Perdiéronse mas de cuarenta cañones y cerca de treinta banderas: en cuanto á la pérdida de hombres, bien fuese de 13.000 prisioneros y 4 ó 5.000 muertos y heridos, como los nuestros la calcularon, bien de 25.000 los que quedaron en poder del enemigo, como proclamaron los suyos, es lo cierto que en dos meses apenas pudo reunirse en las faldas de Sierra-Morena la mitad del ejército que había ido á Ocaña. La pérdida de los franceses no llegó á 2.000. Y en tanto que el rey José entraba orgulloso en Madrid, seguido de tantos miles de desgraciados prisioneros, en toda la nación causó un abatimiento profundo la noticia del desastre, temiendo con razón sus naturales y funestas consecuencias (1).

(1) En la órden general del ejército, firmada por el mariscal Soult, duque de Dalmacia, en Dos Barrios, y que se publicó en la Gaceta de Madrid de 22 de noviembre, se decía: «El número de los prisioneros, entre los cuales se cuentan tres generales, seis coroneles y setecientos oficiales de todas graduaciones, asciende ya á 25.000. ... A cada instante llegan mas prisioneros,

Pronto se experimentaron algunas; otras se habían de sentir mas tarde. De contado el duque de Albuquerque, que con los 12.000 hombres de Extremadura había avanzado al puente del Arzobispo, y aun destacado la vanguardia orilla del Tajo hácia Talavera, con objeto de distraer la atención del enemigo hácia aquella parte, luego que supo el infortunio de Ocaña retrocedió y no paró hasta Trujillo. El del Parque, que con un designio análogo había avanzado con el ejército de Castilla hasta Medina del Campo y sostenido allí una acción con un cuerpo de diez á doce mil franceses, de cuyas resultas se volvió al Carpio, tres leguas distante de Medina, á dar descanso y alimento á sus tropas (23 de noviembre), buscado allí por el general Kellermann, que mandaba en Valladolid, con todas sus fuerzas reunidas, y noticioso del desastre de Ocaña, retrocedió también hasta Alba de Tormes, donde entraron los nuestros ya desconcertados y aguijados por la vanguardia enemiga (28 de noviembre). No es fácil comprender el objeto que se propuso el del Parque en enviar del otro lado del Puente dos divisiones, dejando en la población el resto de la fuer-

»y se cree que su número subirá á 30.000.»

Evidentemente esta cifra era exagerada, puesto que en las Memorias del rey José, en que se inserta un extracto de la relación de la batalla dada por el mariscal Mortier, duque de Treviso, solo se hace subir á 20.000.

En la Gaceta del 21 se dió no-

ticia de la entrada del rey con las siguientes arrogantes y jactanciosas líneas: «Ayer á las cinco y media de la tarde, esto es, á las 48 horas de su salida, entró el rey en esta capital, despues de haber destruido completamente un ejército de 60.000 hombres. »S. M. podría decir como César: »veni, vidi, vici.»